

En torno al socialismo democrático

Referirse al socialismo democrático nos lleva a plantearnos el problema de las relaciones entre el socialismo y la democracia, tan actual en estos últimos años. Dentro del marxismo, el problema no es una novedad. Baste recordar los debates a principios de siglo entre Rosa Luxemburgo y Kautsky, o los enfrentamientos entre Rosa Luxemburgo y Kautsky con Lenin. En el fondo de esos debates se encontraban concepciones diametralmente opuestas sobre el significado de la teoría de Marx, sobre la idea de socialismo y sobre la estrategia de la socialdemocracia y el bolchevismo en su opción práctica por el socialismo.

En las décadas posteriores, la segunda internacional (socialista) se aferró a una concepción de la democracia que excluía la revolución, en tanto que la tercera internacional (comunista) hizo lo propio con una concepción de inspiración leninista de la "actualidad de la revolución", dejando de lado la preocupación por la democracia, tanto en la conquista como en el mantenimiento del poder hasta que, en la década de los treinta, volvió a plantearse, en el VII Congreso de la Internacional Comunista, una concepción instrumental de la democracia con la tesis del frente popular.

Una serie de experiencias históricas de las últimas décadas ha contribuido a la revaloración de la democracia en sus relaciones con el socialismo, no sólo como una reivindicación necesaria en la sociedad actual, sino también en la dinámica interna de los partidos y movimientos que aspiran al socialismo y, sobre todo, como elemento intrínseco de la nueva sociedad,

socialista, a la que se pretende llegar. Entre estas experiencias históricas se encuentran la anulación total de la democracia en los regímenes fascistas del pasado y en los militares o autoritarios de América Latina. Están asimismo los recortes de la democracia en los países capitalistas avanzados, donde cierto *status* democrático constituía ya una tradición burguesa aparentemente inmovible. Hay que recordar que, en los años treinta, en Italia y Alemania, el capitalismo no dudó en desprenderse radicalmente de la democracia cuando lo juzgó necesario; actualmente, basta ver la respuesta militar y represiva a la reciente conflagración de Los Angeles, de profundas raíces económicas, sociales y étnicas, para ver que la democracia no es un componente intrínseco del capitalismo y cuando aquélla se vuelve incompatible a su lógica, no duda en desembarazarse de ella.

Está igualmente —y con un peso decisivo— la experiencia del llamado "socialismo real" con su pretensión en las sociedades europeas del este, ajustadas al modelo soviético, de presentar como "socialismo realmente existente" un "socialismo" de Estado, sin democracia que, en la práctica, condujo al bloqueo y a la parálisis del socialismo. Justamente condujo al inmovilismo económico, político y cultural que terminó propiciando la caída de esos sistemas de poder junto a la extinción de la Unión Soviética.

Finalmente, está la emergencia e irrupción de la sociedad civil a través de innumerables formas organizativas de las masas y la emergencia de nuevos sujetos históricos en la realidad actual de

América Latina. El hecho es que se han ido superando gradualmente los viejos modelos oligárquicos, dictatoriales y militares. Se está iniciando —no sin contradicciones— un proceso de desmilitarización, incluso en las áreas de mayor conflicto bélico como Centroamérica. Los gobiernos autoritarios y las dictaduras militares se han abierto ante las presiones de todo tipo de la sociedad civil, dando paso a procesos electorales y a democracias, aunque todavía tuteladas y restringidas.

Existe ahora una nueva izquierda latinoamericana que, en muchos sentidos, responde a la visión histórica que tuvieron Martí, Mariátegui, Haya de la Torre, Sandino, Zapata y otros para tratar de desarrollar la teoría revolucionaria a partir de la realidad latinoamericana, superando la visión eurocentrista de los problemas de América Latina y los manuales de vulgarización que impedían interpretar la realidad y obtener conclusiones progresistas y revolucionarias adecuadas. Después de la confusión y del desánimo inicial —provocado por el derrumbe del “socialismo real” y el estancamiento de la izquierda latinoamericana— se ha dado paso a un fuerte movimiento de creatividad y a replanteamientos históricos, dando lugar a lo que se ha llamado el “socialismo de las mayorías”, el “socialismo criollo”, el “socialismo del tercer mundo”, buscando el socialismo de la sociedad civil.

El Partido del Trabajo en Brasil y el cardenismo en México reflejan esta dinámica. Lula, Arístide y Cárdenas simbolizan este fenómeno que tiene manifestaciones peculiares en Colombia con el M-19 y en el Frente Unido de Uruguay. La profunda reestructuración política del FMLN y del FSLN en los propios procesos revolucionarios indica que existe conciencia de este fenómeno, que implica un replanteamiento de las funciones del partido en relación con la sociedad civil, el Estado y las fuerzas armadas. El hecho es que por primera vez la izquierda latinoamericana ha tomado la democracia como la bandera de lucha que caracteriza el resto de sus reivindicaciones. La democracia participativa se pretende llevar a todos los niveles de la sociedad, respetando la independencia y la autonomía de los

movimientos y transformando el verticalismo y la ideologización que predominó en el pasado.

A partir de estas experiencias históricas, sobran razones para intentar revalorar la democracia y sus relaciones con el socialismo como objetivo a alcanzar en el mundo actual, no sólo como algo deseable, sino posible, necesario y realizable.

Una primera cosa que hay que aclarar es que no puede hablarse teóricamente de socialismo sin democracia; el socialismo es inseparable de la democracia, no sólo de la democracia formal, representativa o política, sino también de la democracia directa, económica, social y autogestionaria; inseparable de la democracia que se extiende en un movimiento de vaivén de la autogestión limitada —de ciertas unidades económicas, políticas, regionales, locales— a la autogestión social, o autodeterminación de la sociedad entera, y en todas sus instancias: económica, política, social y cultural. En este sentido, dos serían las características fundamentales del socialismo: la socialización de los medios de producción y la socialización del poder, o democracia en su sentido más amplio, efectivo y profundo.

Ambas se dan en una unidad indisoluble: la socialización de los medios de producción es inconcebible sin una verdadera democratización, y la propiedad social no podría mantenerse sin un Estado democrático que la garantice. Esta unidad supone admitir la necesidad, pero a la vez a la insuficiencia de la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción, así como reconocer la perversión que representa la reducción de la propiedad social a propiedad estatal. Pero también supone reconocer la necesidad de la democracia para poder hablar propiamente de socialismo. Puede darse —se da realmente— la existencia de cierta democracia sin socialismo, pero no puede hablarse de él sin la democracia que asegura la participación efectiva y plena de los ciudadanos en todos los campos de la vida social. La expresión “socialismo autoritario” es tan contradictoria como tautológica la de “socialismo democrático”.

Frente a las ideologizaciones que se hacen en

torno a la caída del "socialismo del este" y que tienden a desvincular la democracia y la libertad del socialismo, hay que reafirmar la naturaleza liberadora del socialismo. Hay que entender que el socialismo es, ante todo, un proyecto de liberación humana que se distingue de otros proyectos. El socialismo asume y supera, a la vez, el proyecto humanista burgués de la ilustración de construir un nuevo orden social de libertad, igualdad y fraternidad fundado en la razón. El socialismo aspira a superar los límites del proyecto ilustrado de la modernidad burguesa, proyecto incumplido o cumplido en forma limitada y estrecha como lo subrayaba Marx, es decir, como proyecto de emancipación puramente política y no propiamente social, humana. Por tanto, no es la intención emancipatoria de la ilustración lo que niega el socialismo, sino los obstáculos y límites que le impone el orden económico-social burgués, que transforma la racionalidad ilustrada en pura irracionalidad.

Evidentemente, la libertad, la igualdad, la justicia y el respeto a los derechos humanos como valores no son exclusivos del socialismo, pero éste los asume con otros contenidos que los desgaja de otras ideologías —como el liberalismo—, que son intrínsecas al capitalismo. El proyecto socialista entraña una libertad, igualdad y participación distintas a las inscritas en el proyecto burgués y supone un nuevo orden económico, social, político y cultural que permite, no la libertad de unos pocos a costa de la no-libertad de la mayoría, sino una libertad compartida, una libertad de y para todos, donde la autorreproducción material y espiritual, la autodeterminación de todos los individuos, se convierte en realidad concreta, superando la universalidad abstracta y mistificadora del Estado burgués moderno.

Desde la perspectiva anterior, examinemos brevemente dos experiencias históricas fundamentales que han proclamado el socialismo como su objetivo estratégico: la socialdemocracia (o "socialista") de la segunda internacional, o de la Internacional Socialista posterior, y la del "socialismo real", justificada teórica y prácticamente por la tercera internacional y, después, por los movimientos y partidos que continuaron re-



mitiéndose al "marxismo leninismo".

Al referimos a la socialdemocracia tomamos como punto de partida, no a sus viejos pronunciamientos teóricos, sino su práctica política en el poder, aquella que han ejercido y ejercen sobre todo en Europa occidental, y, en algunos países, durante períodos largos. Pues bien, el máximo logro de su política social ha sido introducir con el Estado de bienestar un sistema más justo y ampliar el gasto público para proporcionar a las clases subalternas y a las más desprotegidas socialmente ciertos beneficios en el campo de la educación, la salud, la seguridad social, el subsidio a los desempleados, la vivienda, etc. Ciertamente, esta política social ha contribuido en alguna medida a atenuar la explotación de la fuerza de trabajo y la inseguridad existencial de los individuos bajo el capitalismo. Ha aminorado, también, ciertas desigualdades económicas, sociales y políticas, y ha abierto espacios más amplios de libertad y democracia. No pueden negarse estos logros, pero también hay que señalar el peso que han tenido en su obtención las luchas de las clases trabajadoras durante décadas.

Sin embargo, no puede ignorarse que la política social de la socialdemocracia no afecta el marco estructural capitalista, lo que hace que su alcance sea limitado y de futuro incierto. La

distribución de la riqueza y el poder económico correspondiente no pueden alterar la lógica del sistema en que se realiza tal distribución. Y cuando los capitalistas llegan a la conclusión de que, conforme a esa lógica, el sistema no puede absorber el gasto social, no dudan en recortarlo o en desmantelar el Estado de bienestar (como lo demuestra la hegemonía neoliberal actual). Así, las reformas sociales del Estado de bienestar tropiezan con obstáculos insalvables: los que levanta la lógica de acumulación capitalista o la racionalidad económica del capital. De esta manera, los logros alcanzados se muestran inestables y precarios ante la ofensiva neoconservadora o neoliberal. Muchos partidos y líderes socialdemócratas se han sometido, desde un crudo pragmatismo político, a esta ofensiva neoliberal.

Esto no implica que no sea necesaria una política que, desde el poder, trate de limitar las desigualdades económicas y sociales y trate de abrir espacios cada vez más amplios a la democracia política y social. Pero esto no debe llevar a perder de vista que, por mucho que avance el Estado de bienestar, éste no puede superar el muro levantado por la lógica del sistema capitalista.

La experiencia histórica de las sociedades del "socialismo real", bajo el paradigma de la sociedad soviética, nos muestra que en ellas se cumplía la condición necesaria para transitar al socialismo: la abolición de la propiedad privada, capitalista, sobre los medios de producción. Sin embargo, no podemos caracterizarlas, de acuerdo a lo que hemos afirmado antes, como socialistas, pero tampoco como una especie de capitalismo *sui generis*. Más bien las podemos caracterizar como sociedades anticapitalistas o poscapitalistas, pero

en modo alguno como socialistas. Estas sociedades no eran socialistas ni siquiera en sentido restringido, ya que en ellas la propiedad estatal, no sólo era la antítesis de la propiedad privada, sino también de la propiedad social. Además, su superestructura antidemocrática, en consonancia con la propiedad estatal, escapaba al control social. Un Estado antidemocrático, separado de la sociedad, sólo puede admitir un tipo de propiedad también separada de la sociedad. No puede concebirse un Estado despótico que vele, a nivel económico, por lo que niega a nivel político: la participación efectiva de la sociedad. A la base económica, socialista, cuyo eje es la propiedad social de los medios de producción, sólo puede corresponder una superestructura política democrática que vele por ella. Y, al mismo tiempo, sólo semejante superestructura puede contribuir a mantener e impulsar esa base económica. De ahí —insistamos una vez más— la unidad indisoluble de socialismo y democracia.

A la luz de estas experiencias y desde la altura de nuestro tiempo, se puede afirmar que el socialismo nunca ha existido ni existe todavía, realmente. Por lo tanto, no es cosa del pasado ni del presente, pero dada su necesidad como alternativa al capitalismo, no podemos renunciar a él como objetivo para un futuro más o menos lejano. Ahora bien, este socialismo —sin necesidad de añadirle lo de democrático— sólo llegará a concretarse si, desde ahora y a través de la nebulosidad de las ideologizaciones, permanece como un objetivo estratégico hacia el cual hay que transitar, sea cuales fueren los pasos intermedios y, rodeos que haya que realizar.

H. S.